Sin embargo ¡oh Dios mio! *aquí me teneis pronto á cuanto dispusiéreis de mí* (1). No tengo, ni quiero, otra voluntad que la vuestra.

CAPITULO IX.

Del espíritu con que debemos sufrir la pérdida de aquellas personas á quienes tiernamente amamos.

Jesus habia muerto. ¡Oh; qué largo es para María el tiempo que media entre la muerte de su Hijo y su gloriosa resurreccion!

Habia muerto Jesus, y María habia perdido al Hijo mas amable y mas amado.

La tristeza de David en la muerte de Absalon, y los gemidos de Raquel llorando á sus hijos, no nos pintan sino friamente el dolor de María cuando no vió mas á Jesus, ni oyó aquellas dulces palabras que salian de su boca,

Pero esta tierna Madre, la mas santa y mas religiosa que hubo jamas, no obstante que Jesus, nada perdió de su virtud.

Su fe constante en la resurreccion futura

(3) Ps. xxx, 10 et 12.

y pronta de su Hijo, y su resignacion á lo que Dios habia ordenado para su gloria y para la salud del mundo, fueron todo su apoyo y su consuelo.

¡Oh vosotros á quienes Dios aflige, robándoos lo que mas temeis perder; madre desconsolada por la pérdida de un hijo á quien amábais tiernamente; esposa llena de lágrimas, que os veis condenada ántes de tiempo á una triste viudez, no perdais de vista el modelo que teneis aquí delante de vuestros ojos!

Vuestras lágrimas son justas. Tambien lloró José sobre la sepultura de su padre Jacob, y Agustin en la muerte de Mónica su madre.

Pero aprended de María á ofrecer á Dios el sacrificio de vuestro dolor, y el espíritu de paciencia con que debeis llevarle.

La muerte acaba de romper de una manera irrevocable los vínculos que os unian en este mundo á la persona que llorais: pero ¿acaso no teneis ninguna esperanza de volveros á reunir? Vosotros mismos ¿habeis de estar siempre en este mundo?

La fe que profesais ¿no os enseña que los verdaderos fieles se verán unidos en el seno

de Dios de una manera infinitamente mas perfecta que lo estuvieron sobre la tierra?

Todos hemos de resucitar algun dia: dulce y preciosa esperanza, la cual proponia el apóstol á los primeros cristianos como un motivo capaz de enjugar sus lágrimas, y de hacerles sufrir en paz la pérdida de sus hermanos.

No os abandoneis á la tristeza, como hacen aquellos hombres que no tienen esperanza (1).

Llorad, sí, como cristiano lleno de fe, que despues de haber satisfecho á la ternura natural, vuelve á recobrar su imperio sobre sí mismo.

Solo la religion santa y divina que profesamos es la que puede proveernos de motivos de verdadero consuelo.

Por otra parte, esta persona á quien amábais, y que os ha robado la muerte, ¿hacia toda vuestra felicidad en la tierra?

¿La amais acaso mas que á Dios, que ha permitido vuestra separacion por justos motivos que debeis adorar?

Por mucho amor que tuviéseis á la perso-

(1) Thess. IV, 13.

na que habeis perdido, aun es mucho mas el que debeis tener á la voluntad de Dios.

Vuestro amor no era bien ordenado: sin duda que la amábais mas de lo justo. Vuestras lágrimas, que os son tan amargas, si no cesan de correr, son una prueba de ello.

Puede ser que esta persona os sirviese de un grande obstáculo á vuestra perfeccion y á vuestra salud; y Dios, separándola de vosotros, ha usado de una grande misericordia.

Aprovechaos de esta afliccion para no aficionaros demasiado á ningun objeto terreno. Amad únicamente á aquel, *cuyos años no se acaban jamas* (1).

Si amais á alguno con Dios, amadle solo porque Dios os lo permite, ó porque quiere que lo ameis; pero que sea de modo que no defraudeis á Dios de ninguna manera del amor que le debeis tener: el medio mas seguro es el de amar á Dios en él.

Cuando se ama así, siempre está uno dispuesto, á pesar de la repugnancia y sensibilidad natural, á separarse cuando Dios lo disponga del objeto que se ama.

Es verdad que el dia del sacrificio el cora-

(1) Hebr. I, 12.

zon gime y vierte copiosas lágrimas; pero sin embargo, el corazon no desea sino lo que Dios quiere, y el pensamiento de que es la voluntad de Dios la que se cumple, modera las lágrimas y los gemidos.

CAPITULO X.

De la necesidad que tenemos de afirmarnos en la fe y en la esperanza cuando nos hallamos en circunstancias que parecen contrarias á estas virtudes.

Los apóstoles habian reconocido á Jesus por *Hijo de Dios vivo;* pero al tiempo de su pasion, infieles á la confesion de su fe, la disimularon *y huyeron* (1).

No lo hizo así María; porque siguió á Jesus al Calvario, en donde le reconoció por su Redentor, con la firme esperanza de que resucitaria, pues que así lo habia prometido.

Despues de la muerte de Jesus, los discípulos, dos á lo ménos, de quienes habla San Lucas (2), *apenas tenian esperanza* de que se cumpliese lo que Jesus habia predicho.

(1) Matth. xxvi, 56.—(2) Luc. xxiv, 21.

Pero María, sin padecer la menor duda en esta parte, perseveró en creer y en esperar firmemente que Jesus, á quien habia visto morir cubierto de oprobios, resucitaria lleno de gloria, y someteria el mundo á su Evangelio.

Esta fe de María, apoyada constantemente en el principio de que no puede faltar lo que una vez ha dicho Dios, por ser la misma verdad, debe ser la regla de la nuestra.

Si los impíos, de que el mundo está lleno no nos dan ocasion de declararnos abiertamente por la fe que profesamos, el enemigo de nuestra salud buscará á lo menos medios de hacernos vacilar, sugiriéndonos dudas sobre las verdades reveladas.

Firmes y constantes *en la fe* (1), *le debemos resistir* con valor, sin pararnos á examinar sus sugestiones; y entónces *huirá léjos de nosotros* (2).

Desechad inmediatamente en presencia del Dios de la verdad cualquiera duda que ocurra á vuestro entendimiento; y por medio de esta reprobacion pronta, generosa y sin-

(1) I Petr. ii, 9.—(2) Jacob. iv, 7.

cera, se aumentará y fortalecerá en vosotros la fe.

Cuando padezcais grandes trabajos, será especialmente cuando el demonio procurará ofuscar y llenar de obscuridades vuestro entendimiento, exitándoos á que dudeis de la justicia, de lo sabiduría, del poder, de la bondad de Dios que os aflige.

Acordaos entónces de lo que Dios tiene dicho en sus libros santos, de la necesidad de los sufrimientos, de la gloria que los seguirá, y de sus soberanos designios cuando envia aflicciones á los hombres, aun á aquellos que le sirven con mas fidelidad.

Dios no puede mudarse. Lo que una vez ha dicho, siempre permanece cierto y verdadero; y tu palabra es tan inmutable, como él mismo.

Del mismo modo, en cualquier estado de tentacion, de dolor ó de amargura, de sequedad ó desolacion, en que os halleis, proponeos siempre por regla la esperanza generosa y constante de María.

Procurad que vuestra alma, léjos de ceder y dejarse abatir, se sostenga por medio de esta virtud, que tiene por fundamento la fidelidad de Dios en sus promesas.

Esperad aun contra la misma esperanza (1), como hizo en otro tiempo Abrahan, *convencido plenamente de que todo lo que Dios ha prometido, lo puede hacer.* (2).

Este Dios es vuestro Criador, y tiene declarado que jamas abandonará la obra de sus manos, y que siempre tendrá en ella puestos los ojos.

Es el Soberano Señor de toda la naturaleza; por consiguiente no hay ninguna cosa que le sea imposible, ni aun dificil.

El Señor es el apoyo de sus siervos: y no hay ninguno que pueda dudarlo, por poca reflexion que haga sobre las promesas de su alianza (3).

Por triste y dolorosa que pueda ser vuestra situacion, vuestra esperanza no puede estar mas bien fundada que sobre una providencia, una bondad, y un poder infinito.

¿Cuántas veces os ha asegurado por boca de sus Profetas y de sus Apóstoles, que oye, que sostiene, protege, consuela y salva á todo el que espera en él?

Implorad, pues, sus ausilos con confianza,

(1) Rom. IV, 18.—(2) Ibid. 21.—(3) Ps. XXIV, 15.

no dudando de ningun modo de que su misericordia os sacará de la triste situacion en que estais, ó que si os mantiene en ella, os protegerá hasta el fin, y será pora su mayor gloria y vuestra salud.

Dios permite algunas veces que nos hallemos en grandes tribulaciones, para que conozcamos mejor lo que puede una viva esperanza en él, y para manifestarnos el paternal amor que nos tiene.

Una viriud probada fuertemente se hace mucho mas lugar en el corazon de Dios, que una devocion tierna.

CAPITULO XI.

Que Dios envia el consuelo despues de la tribulacion; pero que sin embargo es menester acostumbrarse á padecer sin él.

SIERVO. *Regocijaos, ¡Oh Reina del cielo! porque el hijo que habeis merecido llevar* en vuestro seno, y cuya muerte os ha costado tantas lágrimas, *ha resucitado ya, como lo habia prometido.*

Gozad en paz de las comunicaciones íntimas que tendrá con vos hasta el dia de su ascencion al cielo.

Justo es que participeis mas que ningun otro del beneficio de la resurreccion, pues que participásteis mas que otro alguno de los oprobios de su pasion.

¡Qué alegría para vos, y qué consuelo tan inefable el verle en todo el resplandor y gloria de su Divinidad.

Ya se enjugaron vuestras lágrimas: ya está cerrada aquella profunda llaga que teníais en vuestro corazon: ya cesaron vuestros sufrimientos.

María. Hijo mio, *Dios está con sus amigos en la tribulacion* (1) para fortificarlos con la uncion de su gracia, y para darles, cuando sea de su agrado, consuelo en los dolores que padecen.

Así los esperimentó el Rey Profeta: *Dios*, dijo: *ha derramado el consuelo dentro de mi alma á proporcion de las aflicciones que me ha enviado* (2).

Si el Señor, dice en otra parte, *abandona algunas veces el justo á la tempestad, al fin le hace volver ha hallar la calma* (3).

(1) Ps. xc, 15.—(2) Ps. xciii, 19.—(3) Ps. liv, 23

SIERVO. Bien conoceis, Vírgen Santa, los males que padezco hace tanto tiempo; pero yo me veo siempre sin consuelo.

MARÍA. Hijo mio, aunque muchas veces no se esperimente un consuelo sensible, no por eso puede decirse que uno esté destituido de todo consuelo.

¿No es por ventura un bien sólido y verdadero el pensar que la tribulacion te hace semejante á Jesus, y te coloca en fe camino del cielo?

Dios tiene sus designios cuando deja padecer á sus siervos sin hacerles gustar estos consuelos que tú dices.

Hay muchos Santos que han pasado por desiertos bien áridos, sin tener ni una sola gota de este rocío.

Los amigos de Jesus no deben parecerse á los del mundo, que no quieren tomarse ningun trabajo por sus amigos si no esperan alguna recompensa.

Descansa en todo sobre la Providencia; y está seguro de que cuando el consuelo te sea necesario ó útil, no te faltará.

La gracia de Jesus es la que te sostiene en tus trabajos, *y con esta gracia tienes bastante* (1).

(1) II Cor. XII, 9.

Los Santos, á quienes Jesus ha dejado padecer sin esperimentar estos consuelos sensibles, hallaban todo su consuelo en no tener ninguno, porque sabian que de esta suerte se hacia su amor mucho mas puro y generoso.

Espera algun tiempo mas, y verás llegar el dia en que tengan efecto las promesas que tiene hechas Jesus á los que padecen.

En el cielo te tiene preparados bienes y dulzuras con abundancia.

Pero por otra parte, hijo mio, ¿un pecador como tú se atreve á pedir consuelo?

El único que debe tener un pecador arrepentido es el de pensar que, padeciendo sin consuelo, satisface mejor á la justicia de Dios por los pecados que ha cometido.

CAPITULO XII.

Que debemos dirigir al cielo nuestros afectos.

Despues que dejásteis la tierra, ¡oh Salvador mio! los pensamientos de vuestra santa Madre, sus miradas, sus afectos y suspiros se dirigian sin cesar al cielo.

Envidiaba la dicha de los ángeles y de los

santos que gozaban de la presencia de *su amado, y les pedia que le dijesen que moria de amor en su ausencia.*

¿Qué podia presentarle el mundo que le agradase? Cuando se llega á amar á Jesus no se desea otra cosa que á él.

El que junta en la tierra su tesoro de vuestra gracia y de vuestra amistad, no puede padecer mayor angustia que la de verse privado de vuestra presencia y de vuestros divinos favores.

Esperando cada dia la muerte, que es la única que puede poner fin á mis penas, os enviaré contínuamente, ¡oh Jesus mio! los suspiros de mi corazon que os desea, que os llama, y que os hallará siempre tarde.

Quién me diera tener alas como la paloma (1)? entónces sí que *me remontaria*, y me iria á *descansar* con vos.

¿Se me dilatará por mucho tiempo esta dicha? ¿Tardará mucho tiempo en decirme el Esposo de mi alma: *He aquí que vengo á poner fin á tus miserias* (2)?

¡Ah! *la Esposa dice: Venid, Señor.* Sus gemidos y suspiros repiten sin cesar: *Así*

(1) Ps. LIV, 7.—(2) Apoc. XXII, 12.

sea. Venid, Señor, Jesus (1).

Mi corazon os habla: mis ojos os buscan por todas partes: suspiro sin cesar por vuestra vista (2).

Conozco dentro de mí mismo que soy hecho para alguna cosa grande: ando como arrastrando en esta vida. ¡O Jesus! sí, yo soy hecho para vos, para posseeros eternamente.

¡Riqueza inagotable! todo falta en donde vos faltais. ¡Luz eterna! todo está lleno de tinieblas en donde vos no estais.

Cuando poseyese todos los bienes que hay en este mundo, no dejaria por eso de ser pobre y miserable, si no puedo decir con verdad: *Jesus es todas mis cosas.*

Sí, Jesus es *todo para mí.* Espresion que lo abraza y comprende todo: palabra que no es bien conocida sino de aquel que ama á Jesus sobre todas las cosas.

Léjos, pues, de mi corazon todo otro amor que el que se funda en vuestra gracia.

¡Oh gracia de mi Jesus! encendedme contínuamente con el fuego sagrado de vuestro amor: haced que este fuego divino me abra-

(1) Ibid. 17et 20.—(2) Ps. XXVI, 13

se y me consuma.

Si no puedo veros tan pronto como yo quisiera, ¡oh Salvador mio! me desquitaré á lo ménos amándoos miéntras esté en esta vida.

Mi amor, que me da la justa esperanza de poseeros algun dia, será todo mi consuelo, mientras dure mi destierro.

CAPITULO XIII.

De lo que debemos hacer pora que descienda sobre nosotros el Espiritu Santo.

Habia prometido Jesus á sus Discípulos que les enviaría el Espiritu Santo. María para recibirle se retiró al Cenácnlo con los apóstoles, con *los parientes* de Jesus, y aquellas santas *mugeres* que le habian seguido en sus viajes.

En el silencio del retiro, y con el ejercicio de la oracion se dispusieron á recibir el Espíritu santificador.

Juntos todos en un mismo lugar, y unidos de corazon y de voluntad, formaban los mas ardientes deseos de que descendiese sobre ellos.

Disposiciones escelentes para recibir al Dios de amor y de la caridad, que desea comunicarse á las almas fervorosas que le buscan léjos del ruido y del tumulto, y que le dirigen sus votos ardientes y sinceros.

¡Oh, y con qué ardor deseaba María la venida de este Divino Espíritu, disponiéndose para recibirle por medio del fervor de sus oraciones, por la pureza de sus deseos y la eficacia de su amor.

Los demas que la acompañaban y esperaban como ella, debian sentirse animados poderosamente por la presencia y ejemplo de esta Vírgen.

María era ya entónces llena de gracia; pero el Espíritu Santo, que queria enriquecer siempre mas y mas á su Esposa con sus dones, le preparó con todas las disposiciones necesarias.

Por abundantes que sean en una alma las influencias del Espísitu Santo, puede siempre estarlas recibiendo de nuevo.

Cuando una alma es fiel, recibe de Dios muchas gracias; pero si persevera en sus fidelidades, le tiene Dios reservadas muchas mas. El tesoro de los dones del que es Todopoderoso nunca se agota.

Cualquiera que conociese como María la escelencia de sus dones, no veria cosa digna de estimacion sobre la tierra. Estos dones serian el solo objeto de sus deseos.

¡Ah! ¿qué se podrá pensar de la indiferencia de la mayor parte de los cristianos, y del poco ardor con que desean lo que hay mas digno de su ambicion?

¿Y son acaso igualmente indiferentes por los favores de este mundo? ¡Ah! ¿cuántos malos ratos no se dan para conseguirlos? no hay medio de que no se valgan.

Miran como un oprobio el carecer de bienes de fortuna, y no se avergüenzan de sus necesidades espirituales.

Hecedme conocer las mias, ¡Oh Divino Espíritu, Autor de toda gracia, y de *todo don perfecto*! Vos solo podeis comunicarme riquezas verdaderas.

Reconozco lleno de confusion y vergüenza que mi resistencia á vuestras inspiraciones me hace enteramente indigno de vuestros beneficios.

Pero, ¡Oh Dios mio! la súplica que os hago para que me la concedais en adelante, la junto á la que os hacia María en el Cenácul: de este modo mi oracion os será agrada-

dable, y os hará propicio.

Imploro á esta misma Vírgen, tan poderosa cerca de vos, y la suplico que interponga su intercesion en mi favor.

Dignaos, pues, ó Vírgen poderosa; Esposa del Espíritu Santo, dignaos pedir por mí el espíritu de sabiduría, para que haciéndome gustar los bienes del cielo, me haga insípidos los de la tierra, y los vanos honores de este mundo.

El espíritu de inteligencia y de luz, para que me ilumine en esta region de tinieblas, y me haga conocer los caminos de Dios, instruyéndome en las verdades eternas.

El espíritu de discernimiento y de consejo, para me haga descubrir y evitar los lazos que me puedan armar los enemigos de mi salud y de mi perfeccion;

El espíritu de fortaleza y de valor, para que me eleve sobre mi flaqueza, me haga vencer mis pasiones, resistir el torrente del mal ejemplo, despreciar el respeto humano, hollar las ponpas del mundo, y afirmarme contra la inconstancia de mi propio corazon;

El espíritu de piedad y de temor, para que me dirija y me anime en el servicio del Señor, en la observancia de su ley, y en el

culto que le debo dar como á mi Ciador, mi Padre, mi Salvador y mi Juez.

CAPITULO XIV.

Que cada uno segun su estado, debe tener celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas.

Siervo. Mucho gusto tengo, ¡oh Vírgen Santa! en consideraros en medio de aquel pequeño rebaño de fieles fervorosos, que por el cuidado y predicacion de los Apóstoles se formó despues de la ascension de Jesus y de la venida del Espíritu Santo.

Tenian en vos la Madre mas tierna y mas zelosa. Quién es capaz de esplicar cuán útil fuísteis á la Iglesia recien nacida de Jerusalen?

Cuando los Apóstoles se separaron de vos para ir á conquistar el universo, vuestros votos y oraciones los acompañaban por todas partes, y los ayudaban á sostenerse en sus trabajos, y á vencer todos los obstáculos que encontraban.

Para mantener la fe y la virtud de aquellos fieles con quienes vivíais, se aplicaba

especialmente vuestro zelo á ganarles su confianza: ¿y cómo no habiais de consegirla inmediatamente de todos aquellos que tenian la dicha de acercarse á vos?

No podian admirar bastante el afecto que la madre de Jesus les profesaba, la libertad y facilidad con que permitia que la tratasen, y las atenciones que tenia por ellos.

Si la eminencia de vuestra dignidad, ¡oh dulce Madre! si vuestras virtudes, y las luces infusas de que Dios os habia llenado, os conciliaban el respeto de todos, vuestra bondad ganaba todos los corazones.

Una sola mirada que echáseis sobre una persona afligida, debia bastar para suavizar todos sus males.

Vuestras palabras, abrasadas con un fuego divino, y revestidas de la fuerza del Altísimo, ablandaban á los mas insensibles, daban nuevo calor á los mas tibios, animaban á los mas cobardes, é inflamaban á los fervorosos.

¿A cuántos enfermos no es probable que procurásteis la salud del cuerpo y la del alma?

Si vuestro zelo tuvo mucho que llorar por las persecuciones que padecian en Jerusalen